



UNIVERSIDAD NACIONAL  
AUTÓNOMA DE  
MÉXICO

**PERFILES  
EDUCATIVOS**

ISSN 0185-2698

**Duran Amavizca, Norma Delia (1999)**  
**“RESEÑA: HISTORIA DE UNA PSICOLOGÍA: EZEQUIEL ADEODATO  
CHÁVEZ LAVISTA”**  
**en Perfiles Educativos, Vol. 21 No. 83-84 pp. 143-146.**

# *Historia de una psicología: Ezequiel Adeodato Chávez Lavista*

DE SERGIO LÓPEZ RAMOS

México, Plaza y Valdés, 1997, 156 pp.

por NORMA DELIA DURÁN AMAVIZCA

En su libro, el autor sostiene que volver hacia el pasado con ojos que solicitan una explicación en el presente y deseen construir el futuro de la psicología más humanizada, con el fin de elevar la calidad de la vida emocional de los sujetos mexicanos, lo llevó a buscar en la ciencia mexicana los inicios de la psicología en nuestro país. El personaje central de la historia de la psicología en México es Ezequiel Adeodato Chávez Lavista. La participación de nuestro educador, filósofo y psicólogo en el desarrollo de la psicología mexicana, había resultado desconocida, de manera integral, hasta este libro. Ante los tímidos intentos de historiar por algunos la psicología, a decir del autor, existen monografías y artículos que responden a la preocupación del oficio de historiar. Por ello, la necesidad de una historia de la psicología en México resulta inminente en torno a los conceptos siguientes: a su aparición, a su desarrollo si-

lencioso, a su uso político, a la utilización para los tratamientos, a su polémica sobre el objeto de estudios —el hombre y su conciencia. Ya que solamente con el análisis histórico podrán ventilarse las contradicciones teóricas que se han suscitado en los últimos años, contando a partir de la década de los setenta cuando la corriente conductista se hace presente, vía el sistema educativo nacional.

A partir de las siguientes preguntas: ¿qué es la psicología?, ¿cuándo aparece?, ¿cómo se define?, López Ramos expone que la inquietud de historiar sobre ella surge a partir de los años setenta. Quienes lo hicieron en esa década, remontan la aparición de la psicología hasta la época prehispánica, otros lo hacen en la Colonia con los religiosos jesuitas, y algunos más, con el surgimiento del capitalismo en México. Lo cuestionable de dichas aseveraciones es que no se sustentan en una reconstrucción del

hecho histórico en su tiempo y espacio, sino que se han limitado a abordar el objeto de estudio —la psicología— desde la concepción internalista, unos, y otros desde la externalista; ambas están influenciadas por la herencia del pensamiento positivista, que le dio la pauta a los historiadores en esa década para imprimir cierto rigor experimentalista. En el libro, dentro de la primera parte, dichas visiones para historiar una ciencia como la psicología, están descritas ampliamente. La mirada internalista “reivindica a los personajes nacionales pero en función de las teorías llegadas de afuera; es una historia de la psicología que se aleja de los conflictos o del reconocimiento de una historia latinoamericana, donde México tiene la supremacía de hospitales para dementes, escuelas, laboratorios, programas, clases de psicología, etc.” (pp. 53-54). La externalista, “intenta reivindicar la posición de lo mexicano, un

mexicano que se diluye en la historia cultural y los diversos procesos de construcción individual y colectiva. La intención es justificar, argumentando con el uso de la historia, que las teorías que existen en México —conductismo, cognoscitivismo, psicoanálisis, etc.— no responden a las necesidades del país; por tanto se debe construir la psicología del mexicano” (p. 53). El autor señala que los riesgos de aceptar esos tipos de análisis históricos, conllevan a la conformación de un pasado ficticio. El principal móvil de dichos estudios es político académico, porque ajusta su presente con aquellos años y no respeta la particularidad de los diferentes tiempos y espacios, tanto como los principios éticos, estéticos y las formas de construcción subjetivas.

Investigar en las fuentes es lo que procede para hacer una historia de la psicología en México, argumenta el autor, con el propósito de dar cuenta del porqué y del cómo se impuso determinada orientación psicológica. Implica hacer historia con una perspectiva social en donde: a) no se descarte lo económico ni se polarice, se le asigne un lugar importante en el proceso social pero no determinante en la mayoría de los procesos científicos, b) considerar que una historia social y de sus diversas relaciones: extra-

científicas, filosóficas, políticas, culturales, religiosas, etc., para encontrar en ellas la razón del objeto historiado, implica no buscar un culpable o datos aislados, c) el objeto por historiar cobre su significación interpretativa en relación con el proceso de construcción general de una sociedad y en la particularidad que se pretende historiar, d) hablar de reconstrucción no connota reproducción; significa una profundidad más allá de una visión que se traslapa en lo económico-político; implica una aproximación a la vida cotidiana por vía de los diversos elementos que se priorizan en relación con el hecho por estudiar. Con fuentes directas (documentos) e historia oral, cobran significación diversa, e) se realice el análisis del proceso ideológico político que aflora en la reconstrucción del hecho; el historiador podrá omitir o afrontar el compromiso de poner a la luz pública la intencionalidad de un ejercicio psicológico y de sus posibles implicaciones sociales.

Sobre esto último el autor asume una postura: “El compromiso de los psicólogos con la condición humana y sus integrantes debe ser plantear la disyuntiva sobre la validez de las formas de salud mental en la población, ya que el problema de una historia elogiosa es el culto de una ideolo-

gía y no pensar en la utilidad y los recursos para la planificación de la vida mental de los individuos, que incluye la prevención y solución de problemas psicológicos de una geografía, es ser partícipe de la ideología hegemónica” (p. 27). Con esa premisa fundamental, que caracteriza el ejercicio de su profesión, López Ramos se ha dedicado a formar a las nuevas generaciones de psicólogos en el oficio de historiar y, a la fecha, el número de trabajos escritos muestran la conformación de una corriente que ha historiado ya en esa perspectiva. Esta última reflexiona desde la lógica del historiador que no inventa objetos, sino que los busca en el pasado. “Rastrea fuentes para encontrar su objeto y ubicarlo en el tiempo y el espacio, respetando la vida de la época; converge en el respeto del pensamiento que estudia y deja hablar a las fuentes; explica el proceso que ha llevado el objeto que está historiando, trata de atar la diversidad de sus relaciones extrafilosóficas y descubre la intencionalidad de las acciones en el pasado y lo que nos queda en el presente” (p. 54).

Es así como López Ramos elabora la historia de la psicología que desarrolló Ezequiel Adeodato Chávez Lavista, en donde incluye su vida personal, las actividades y pensa-

mientos que fueron dirigiendo a nuestro educador a pensar psicológicamente desde el campo de la educación. Es una psicología que no es conductista. Chávez Lavista leyó a Descartes y se formó con Spencer. Tuvo, también, formación teórica de Piaget el psicólogo constructivista y llegó a cartearse con Bachelard. Pero más que nada, supo ver y comprender a nuestra gente. Eso lo hace ser, nos dice su historiador, un hombre de nuestro tiempo preocupado por actualizarse.

A diferencia de lo que muchos han pensado de Chávez Lavista, éste sostiene una definición política, la cual puede ser percibida en la decisión que toma al marcar el curso de su vida para trabajar por la educación de los jóvenes. Así llegó a pertenecer al equipo de trabajo de la instrucción pública habiéndose ocupado de la dinámica y del proceso educativo. Fue del grupo de los liberales. “Era de los espirituales, dueño de una sensibilidad que lo comprometía con los ideales de nación y no con los proyectos de grupos que se disputaban la hegemonía ideológica política. Sin embargo, su espiritualidad no le impedía ser pragmático en sus propuestas.” (p. 87)

Asume, políticamente, que la educación es la única posibilidad para solucionar los

problemas de México. “No plantea la violencia o la lucha política armada. Es un hombre que conduce su vida por el orden legal y la instrucción de los individuos; políticamente es un hombre del sistema que trabaja en la construcción de instituciones, de la estructura para su desarrollo [...] se constituye en el individuo que impulsará la política de reformas sociales, vía por la que se materializan sus propuestas, su política de reforma y ajustes que se adecuan a su tiempo.” (p. 87)

Su actividad profesional en la psicología es prolija. Desde la introducción de dicha disciplina a México, vía la Escuela Nacional Preparatoria, hasta la elaboración y desarrollo de criterios psicológicos del mexicano y de la adolescencia mexicana de su época, usa una psicología que clasifica y selecciona las emociones y sentimientos que se traducen en comportamientos. “Añade también otras características, como las condiciones de vida, higiene y nutrición, elementos presentes en el desarrollo. Y considera que las perturbaciones de los adolescentes se producen en pueblos como el de México por la miseria endémica y generalizada, por la inestabilidad económica, circunstancias que han producido un alza en los índices de criminalidad, la que ha deri-

vado en las escuelas públicas a las que asisten adolescentes de diversos rangos económicos. Chávez maneja la idea de equilibrio en el adolescente, buscando dónde se rompe por factores externos que van al interior del individuo; la armonía, al ser rota, habrá de repercutir en su estado biológico emocional.” (p. 111)

Para Chávez Lavista, las formas de comportamiento se derivan de las relaciones y vínculos que se construyen entre los individuos; igualmente, los patrones de conducta de los jóvenes adolescentes, por ejemplo, aislamiento, pérdida de interés por la vida, etc., son comportamientos concebidos como peligrosos para la estabilidad social.

El autor de este libro se extiende ampliamente en torno a la psicología de Chávez Lavista, y después de ello, expone sus conclusiones. Nos dice que nuestro psicólogo mexicano, nacido el siglo pasado, lo motivó a indagar en esa parte humanizada de los individuos; a conocer los procesos ideológicos y políticos de la sociedad mexicana y las pugnas por el poder. Se percató también de que los errores de los últimos quince años, descansan en la ignorancia de la historia de la ciencia en México.

“La ciencia de la historia trabaja con ‘eso’ que hacen los seres humanos, en lo que

hicieron y en su relación con los fenómenos naturales en la vida de los individuos y grupos del pasado para conocer su impacto en el presente.” (p. 132). Las conclusiones del libro tienen mucha más riqueza de lo que aquí expongo, pero referirme ampliamente a ellas significaría ponerlo todo entrecomillado, por ello

sugiero se recurra a la fuente directa.

Este libro, en opinión de expertos, ha venido a ser un parteaguas en la psicología en México. Por mi parte, digo que, además, muestra el camino que le corresponde recorrer al psicólogo mexicano al preocuparse de sus iguales, los humanos mexicanos. Esto im-

plica que nuestros psicólogos dejen de preocuparse por figurar en un protagonismo teórico, para pasar a resolver, por el contrario, los problemas propios de nuestro tiempo en el país y de nuestra geografía humana. Si después de ello, los psicólogos universales muestran interés por sus trabajos, ya será ganancia.

